

ct

Flores de España

Cuatro piezas sobre la memoria histórica en España

de
Raúl Quirós Molina

(fragmento)

FLORES PARA LOS VIVOS

Con al menos 143.353 desaparecidos en fosas individuales en la reciente investigación de la Audiencia Nacional - todavía no contabilizados los niños perdidos ni los desaparecidos en combate - España es el segundo país del mundo en cifras absolutas de desaparecidos, tan sólo superadas tales cifras por el régimen de Pol Pot en Camboya. Sólo en Andalucía, con la cifra de 54.000 desaparecidos en fosas, existen más desaparecidos que sumando los conocidos crímenes de desaparición forzada de personas perpetrados en Chile, Argentina, Perú y Guatemala.

Wikipedia

Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras.

Apocalipsis 20:13

UN HOMBRE.

Badajoz, año 1998. Un campo cercano a un pueblecito de Extremadura.

El HOMBRE entra en la escena portando un ramo de flores. Sus movimientos son lentos como si acudiera a guardar respeto a los muertos. Deja el ramo de flores en el suelo y reza una oración para sus adentros.

Silencio.

HOMBRE

Otro año más.

Otro año más aquí, trayendo yo las flores, otra vez. Otro año sin que nadie tenga a bien visitar mi propia tumba, si es que a este agujero se le puede llamar tumba.

Ya no sé ni para quién las traigo. Al principio las traía por mi mujer, pero cuando murió, empecé a traerlas por mi hijo. Y cuando mi hijo murió, pues no supe si quedó algún familiar vivo. A lo mejor un nieto, pero ya no sé si me queda alguno. Yo las traigo. Por si acaso.

Aunque me hubiese gustado que mi hijo las hubiese recibido cuando aún estaba vivo. Yo que sé. Como nunca me llegó a conocer y en el pueblo solo le decían el hijo del Pedrero, o el hijo del rojo, o el hijo de puta, sin más, pues a lo mejor no me cogió mucho amor.

Luego un día se murió, ya ancianito, casi sin hacer ruido. Con el título de hijo de puta a sus espaldas. En el cielo estará, bendito él.

Y su madre... Una santa... Toda la vida deslomándose para traer un poco de pan a la mesa y sin macho que la protegiera, ¡y para eso ha quedado, para que la falten al respeto! Porque eso sí lo puedo decir bien alto, era casta como la santísima virgen. Que se oiga en todo el pueblo. ¡Una santa! Desde que me mataron, ni una vez me faltó al honor. Una mujer de las de verdad. Y eso de que lo de que la tachen de lo contrario... Me pone la sangre a hervir.

Pero cualquiera decía nada en el pueblo entonces. A la mínima venía la Guardia Civil y te llevaba al cuartel. Y te daban una tunda y pa' casa.

O te pegaban un tiro como me pasó a mí.

Pausa.

La mayoría de los que estamos aquí nos conocíamos del pueblo y la mayoría, ya ves tú, ni siquiera andábamos metidos en "política".

Esos, los políticos, pusieron pies en polvorosa en cuanto oyeron que las tropas de los nacionales venían por la carretera de Extremadura. ¡Menudos espabilaos! Cuando llegaron las tropas nacionales ya no quedaba ni uno.

Solo nos quedamos los que éramos del pueblo de toda la vida, que éramos medio analfabetos y nunca nos enterábamos de nada.

Y Franco lo repetía, "el que no tenga las manos manchadas de sangre, no tiene de qué preocuparse". ¡Si hasta casi recibimos a los militares con los brazos abiertos!

Y luego mira.

Que me llamen rojo... Tiene gracia la cosa. Que yo nunca me he metido en política. Si no sé ni leer.

Toca el ramo de flores.

Pepe, el ferretero, tiene un nieto que es arqueólogo y dice que un día vendrá a abrir este agujero donde estamos todos enterrados y nos sacarán para llevarnos al cementerio y que luego Dios escogerá a los suyos. Dice que llevarle flores a los vivos permite que nunca se olviden de nosotros. Pero es que este Pepe es un romántico - aquí llevamos más de cuarenta años y quien más se ha acercado a visitarnos han sido las amapolas que crecen sobre nuestras cabezas en primavera, que éstas no se olvidan de venir.

Deja las flores otra vez.

Y parece increíble que aún crezcan flores aquí. En invierno una capa de hielo se posa sobre la tierra, así, hasta dos o tres palmos de profundidad y parece un desierto blanco. Y en el desierto no crece nada, ¿verdad? Y luego un día, todo esto se puebla de espliego, de lilas, de... de...

La cosa es que el hijo de puta del señorito, porque ese sí que es un hijo de puta, llegó un día y nos dijo a los jornaleros que nos iba a bajar los sueldos sin ningún motivo. Y cuando fuimos a decirle que ya apenas nos daba para comer (y yo con una mujer recién preñada), el pájaro nos suelta que le pidamos de comer a la República. Esto fue justo a la semana de ganar el Frente Popular.

Así que llegó el de la UGT y nos dijo que nos declararíamos en huelga. ¡Y la mitad de nosotros ni siquiera sabíamos lo que era una huelga! Así que nos reunió en la Casa del Pueblo y nos dijo que una huelga era dejar de trabajar para que pudiéramos trabajar después. Ahí Juanito soltó que él no quería dejar de trabajar, que él lo que quería eran pesetas para gastárselas en vino y en mujeres. Todo el mundo se rió de la ocurrencia de Juanito que nos miraba malhumorado y gritaba: ¿pero qué he dicho? ¿Qué os hace tanta gracia, coño?

A él también lo fusilaron. A Juanito. Y a Pepe. Y a un chaval de dieciséis años que venía del sur y que decía que allí los ajos que crecían eran tan pequeños que no servían ni para hacer una sopa. Un tío así grande que mascaba tabaco y tenía los dientes negros. Al que no fusilaron o era amigo del señorito, o se escapó hacia el norte. A todos los demás nos dieron el "paseo".

Mi mujer y mi hijo se quedaron en el pueblo cuando acabó la Guerra porque tampoco había ningún sitio adónde ir, si Franco ya se había hecho con toda la península. Además que huir huían los que tenían algo que ocultar y como nosotros no habíamos hecho nada, pues se quedaron allí. Pero como ya nos habían cargado el sambenito de ser familia de rojos, pues así les fue.

Aún recuerdo lo que le hicieron a mi mujer después de que me fusilaran y me metieran en esta fosa. Pobrecita. Pobrecita mía. Las perrerías de las que es capaz el ser humano.

Yo no sé si hubiera sido de otra manera si no hubiésemos hecho la huelga. Peor no podría ser, ya nos estaban matando de hambre. Pero a lo mejor no nos hubiesen matado.

El de la UGT era un tío que hablaba muy bien, muy simpático, seguramente venía educado de la capital y nos dijo que en la unidad estaba la fuerza. Yo no entendía muy bien toda aquella jergonza de universitario pero la verdad es que en el pueblo nos estábamos deslomando en el campo para luego cobrar una miseria y total, llegados a este punto lo mismo daba cobrar que no cobrar. Así que durante dos semanas no fuimos ninguno a la cosecha y nos quedamos en casa, tan ricamente. Lo poco que teníamos lo compartíamos con los vecinos y con un poco de aquí y un poco de allá nos íbamos apañando. No estaba mal eso de la huelga, desde luego uno no acababa con la espalda partida.

A esto que una mañana me levanté escuchando gritos fuera de mi casa y cuando salí me encontré que todos los hombres del pueblo se habían reunido en la plaza con el universitario de la UGT y estaban enfadados, muy enfadados. El señorito, al ver que nadie iba a arar los campos había contratado a jornaleros en el pueblo de al lado y los había traído en camiones hasta sus tierras para que las trabajaran. A cambio les daba alojamiento y comida. El chaval que venía del sur decía que menuda injusticia, y el de la UGT pedía que nos calmáramos. Estuvimos discutiendo qué hacer durante todo el día en la plaza, que si le prendíamos fuego a la casa del señorito, que si íbamos a pegarle una paliza a los jornaleros que habían venido del otro pueblo, que si nos cagábamos en la fuente de la plaza. A esto que aparecieron los jornaleros que venían de trabajar en el campo y los que estábamos allí reunidos nos pusimos de uñas, a gritarles y a insultarles. Y alguno se ponía bravucón, pero en general no decían nada, agachaban la cabeza y apretaban el paso.

Pero es que luego vino el señorito a caballo con el niño a horcajadas. Paró entre la multitud y nos dijo que estábamos todos despedidos y que no volviéramos a pedirle trabajo nunca más, que éramos escoria y que los del otro pueblo lo hacían mucho mejor. Ahí ya sí que me encabronó, así que cogí una piedra y se la tiré con todas mis fuerzas a la cara, con tan mala suerte que se agachó y le dio al nene en todos los morros. Salió a galope de la plaza y todos los que estaban allí rieron ante mi puntería. Al nene le salté los dos dientes de delante, pero eran dientes de leche, ¿qué más da?

Cuando las tropas de Franco llegaron al pueblo, la Guardia Civil fue casa por casa sacando a todos los que habíamos tomado parte de la huelga. Nos llevaron al cuartel nos dieron una zurra y nos dijeron que éramos unos comunistas y unos traidores y que nos iban a llevar a todos a picar piedra. Ni despedirme de mi señora pude, que ya estaba a punto de parir, ni mandarles una carta.

Y nada, esa noche la pasé en el calabozo, con Pepe, el chico del sur que no hacía más que fumar, y a Juanito que no hacía más que repetir, "nos van a fusilar, nos van a fusilar".

"¡Qué os van a fusilar! ¡Qué os van a fusilar ni que ocho cuartos!" Este era Don Herminio, el cura, que se pasó por la prisión para rezar por nosotros. A los jornaleros nos hacía sentarnos al fondo de la iglesia, para que no ensuciáramos el altar. Decía que el Reino de los Cielos estaba abierto a todos, pero no todos entrábamos en iguales condiciones, a ver qué nos creíamos, y como en la iglesia, cada uno teníamos nuestro lugar en el cielo, a ver si nos pensábamos que el paraíso era una jauja donde todos nos íbamos a mezclar.

Yo por lo que sé no hay cielo, al menos esto no se parece al cielo, no veo angelitos revoloteando ni haciendo pipí sobre las cabezas de los vivos, sí que veo a muchos de los que estábamos aquella noche en el calabozo y a muchos llorando y trayendo flores a sus vivos, si es que les queda algún familiar en la tierra. Es difícil ver a los vivos desde aquí, con tanta tierra que tiene uno sobre la cabeza y los ojos comidos por los gusanos.

Después de muertos nos llevaron a las afueras del pueblo y nos pusieron a todos juntos en un agujero y nos echaron palas de cal y de tierra y hasta ahora. Cuando la guerra terminó el señorito se volvió alcalde y gobernó durante muchos años. Cuando se murió, el nene se hizo político también y levantó una estatua a su padre que aún está ahí, en la plaza del pueblo donde nos reunimos para declararnos en huelga. "A aquel que defendió tan gloriosamente los principios del Movimiento Nacional, Arriba España". Ponía. Ahí está, todavía, en el centro de la plaza, aunque claro, cuando murió Franco tuvieron que quitar la placa, por aquello de que ya estábamos en democracia y ser facha no estaba bien visto.

Pero nunca nadie vino a traernos flores.

Todo el mundo sabía dónde estábamos enterrados. Incluso el hijo del señorito. El mismo que luego se hizo alcalde e hizo un monumento a su padre. Si él vino a la ejecución, ¿cómo no va a saberlo? Allí estaba, una criatura era, muerto de frío como un pajarito a las cinco de la mañana, mirando y riéndose con esa boca a la que faltaban los dientes que le saqué de una pedrada. Nos miraba como si fuéramos las bestias de su padre que ya no sirven para trabajar en el campo.

Fue el único que quedó de aquella generación. La madre de Pepe, el hijo de ferretero, todos desaparecieron. Y los hijos comenzaron a olvidar. O se marcharon del pueblo. Y los nietos... Pues son nietos. Ya nacieron cuando Franco se estaba pudriendo en su tumba... ¿Y a quién le va a importar unos huesos en una cuneta?

Solo quedó el hijo del señorito, que se quedó de alcalde. Solo él se puede acordar de donde nos tenían enterrados.

Y cuando construyeron la carretera comarcal apareció otra fosa, la de los jornaleros del otro pueblo, que a esos también les dieron matarile. Y cuando llegaron los equipos de forenses el hijo del señorito se acercó allí, y dijo que no había que remover más el pasado. Que los muertos entierren como Dios manda a sus muertos. No dijo nada más. Volvió a sus asuntos como si nada. Y ahí está en el pueblo, sentado sobre nuestros huesos, siendo el último que nos recuerda. Cuando se muera, se acabó, ya no estaremos en la memoria de nadie, y quizá podamos descansar.

Entonces estas flores son para el hijo del señorito. También así le pido perdón por haberle saltado los dientes, pobrecico. Solo era un niño entonces.

Y también para que nos recuerde, aunque sea así, para decir que hay que olvidar, y que los muertos tienen que enterrar a sus muertos, aunque nos recuerde así, sin monumento en la plaza ni placa conmemorativa.

Estas flores serán para él. Que sea al menos el único que no nos olvide.

Deja las flores en el centro de la escena.